

FRANCISCO DE BORJA, PROMOTOR DE LA ARQUITECTURA JESUÍTICA EN ESPAÑA, ITALIA Y AMÉRICA

ALFONSO RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS

617

ALFONSO RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS

Cuando, siendo comisario general de las provincias de la Compañía de Jesús en España, san Francisco de Borja recorría Castilla, tuvo la ocasión de promover la fundación de un colegio que el conocido comerciante y banquero de Medina del Campo Rodrigo de Dueñas ofrecía a los jesuitas. Se colocó la primera piedra en el terreno elegido el 31 de julio de 1553, en presencia de Borja y el P. Bartolomé de Bustamante, que entonces le acompañaba como secretario. Describiendo el suceso afirmaba el P. Polanco en carta a san Ignacio de Loyola: «La traza fue del padre Francisco y del padre Bustamante, los cuales se encargaron de embiarla a Vuestra Paternidad y, por eso, yo no la embío».¹ Extraña que Polanco escribiese que la planta de la iglesia y del nuevo edificio hubiera sido confeccionada por Borja, pues no sabemos que fuera arquitecto o que hubiera estudiado para tal. Otra cosa era el P. Bustamante, quien, antes de ingresar en la Compañía, había sido administrador de la obra del soberbio hospital de San Juan Bautista, fundado en Toledo por el cardenal don Juan Tavera, y más tarde había planeado la obra de reconstrucción de la iglesia de Carabaña, de la que era párroco titular.² Sin embargo, resulta aún más sorprendente lo que escribió el propio Borja a san Ignacio el 16 de agosto: «En Medina quedó comenzado el edificio del colegio por la traza que allí dexamos en que yo, por haber sido edificador un tiempo y también el P. Bustamante, dimos nuestro voto».³ Pienso que el papel de «edificador en otro tiempo» que se atribuía Borja tuvo que ver con las obras que, siendo virrey de Cataluña, emprendió en las murallas de Barcelona y también, quizás, con las que promovió luego en la fundación del colegio de San Sebastián de Gandía. De todas maneras, es casi seguro que la traza que tanto Borja como Bustamante efectuaron para el colegio de Medina no fue más que un bosquejo en que aparecían las líneas generales y la distribución de las partes y elementos de la edificación, pero no una planta estrictamente arquitectónica con sus medidas y cotas, y menos un alzado de la iglesia y del edificio con sus dibujos y

1. MHSI *Epist. mixt.*, III, p. 340.

2. Alfonso RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, *Bartolomé de Bustamante y los inicios de la arquitectura jesuítica en España*, Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, 1967, pp. 62-64.

3. MHSI *Borgia*, III, p. 108.



Fig. 1: B. Bustamante, F. Borja?, interior de la antigua iglesia de la Compañía en Medina del Campo.

perfiles (**fig. 1**). Algo de esto se adivina por lo que escribió a su vez Bustamante a san Ignacio: «Entendió su Reverencia [Borja] allí en hacer la traza, la cual creo que quedó acomodada al instituto, así cuanto a la casa de probación como a lo demás, conforme a las constituciones que V. P. nos ha enviado». ⁴ Es decir que la traza lo único que reflejaba era la acomodación de la distribución de la iglesia y del domicilio a las normas muy escuetas de la primera congregación general, que prescribía exclusivamente la utilidad, la funcionalidad, la sencillez y la salubridad de los edificios de la Compañía.

De todas maneras, dada la condición nobiliaria de Francisco de Borja, su formación fue bastante más completa y compleja que la de un personaje corriente del siglo XVI, en la cual se integraron algunas disciplinas afines con la arquitectura. De esa formación se encargó principalmente su tío Juan de Aragón, arzobispo de Zaragoza, quien lo retuvo por dos veces a su lado: una en 1520, cuando le puso como maestro al canónigo Alonso de Ávila, quien le enseñaba, siendo todavía un niño, gramática, música y matemáticas, y más tarde, en 1525, cuando le aplicó por espacio de dos años al estudio de la lógica y las artes con el maestro Gaspar Lax, que en aquel tiempo residía en Zaragoza y era tenido por excelente filósofo. ⁵ No me voy a entretener en comentar cómo, después de casado con doña Leonor de Castro y situado ya en la corte del emperador Carlos V, se dedicó, más como honesto esparcimiento que como disciplina, a cultivar la música, no solamente cantando con mucha destreza, como afirma Ribadeneira, sino incluso componiendo algunas obras de música religiosa, cual un buen maestro de capilla, ⁶ lo que supone un gusto sumamente refinado y una indudable habilidad para dominar, por mucho que fuera embrionariamente, un arte que era considerado por los humanistas, gracias a sus intervalos armónicos, consonancias y ritmos, afín con el sistema de proporciones armónicas de la arquitectura. ⁷

Mucho más interesante resulta lo que cuentan a una los primeros biógrafos del santo, tanto Ribadeneira a fines del XVI cuanto Nieremberg en el siglo siguiente, como finalmente el cardenal Álvaro de Cienfuegos en el XVIII, a saber, que también dedicó Borja algún tiempo al estudio de las matemáticas por el provecho que podía sacar de ellas para el oficio de capitán del ejército. Y se inclinó

4. MHSI *Epist. mixt.*, III, p. 493.

5. Pedro DE RIBADENEIRA, *Vida del P. Francisco de Borja, que fue duque de Gandía y después Religioso y tercero General de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1594; edición de Eusebio Rey en *Historias de la Contrarreforma*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1945, pp. 632 y 635. Lo mismo repiten Juan Eusebio NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja, duque IV de Gandía, Virrey de Cataluña y después tercer General de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1654, edición del Apostolado de la Prensa, Madrid, 1901, y el cardenal jesuita Álvaro CIENFUEGOS, *La heroyca vida, virtudes y milagros de San Francisco de Borja*, edición de Barcelona, 1754, que hemos manejado.

6. RIBADENEIRA, *Vida del P. Francisco de Borja*, p. 639. Cándido de Dalmases enumera las partituras musicales que compuso: una cantata profana, una misa a cuatro voces y varios motetes para ser cantados durante una representación sacra de la Pasión y Resurrección de Cristo que tenía lugar el Viernes Santo y durante una procesión el día de Pascua, que transcurría entre la Colegial y el monasterio de clarisas de Gandía; véase Cándido DE DALMASES, *El Padre Francisco de Borja*, Madrid: BAC Popular, 1983, pp. 64-65, con bibliografía al respecto.

7. Cf. al respecto Rudolf WITTKOWER, *La arquitectura de la Edad del Humanismo*, Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, p. 103 y ss.



Fig. 2: A. Wyngaerde, detalle de la vista de Barcelona con la muralla del mar (1563).

aún más a esta ciencia al ver que el emperador gastaba algunos ratos en ella y la aprendía con el cosmógrafo mayor Alonso de Santa Cruz. Es probable que Juan Eusebio Nieremberg, siguiendo el modelo ponderativo dominante en la hagiografía barroca, exagerase al escribir que fue Borja el que, después de llamar al cosmógrafo mencionado para aprender una lección diaria tanto sobre la *Aritmética* de Euclides, sobre la *Esfera*, la *Cosmografía* y finalmente sobre las *Efemérides* y *Tablas* que llaman del rey Alfonso, fuese repitiendo todas estas materias, enseñándoselas a Carlos V.⁸ Desde luego es de sobra conocido el interés y la afición que el emperador tuvo por la cosmografía, la geografía, la navegación y las matemáticas en cuanto necesarias para manejar aquellas ciencias, como lo atestigua en su *Crónica* el propio Santa Cruz. En 1539, por ejemplo, hallándose Carlos V enfermo de gota en Toledo, escribe el cosmógrafo real que «pasó los más días conmigo ocupado en aprender cosas de Astrología, esfera y teórica de los planetas y cosas de cartas de marear y bolas de Cosmografía, en que recibió mucho pasatiempo».⁹ De donde se deduce que sería en todo caso el emperador quien comunicase estas cosas con el duque de Gandía y no al revés. Sea de ello lo que fuere, las muchas o pocas matemáticas que aprendiese Borja sí le debieron servir de alguna manera para dominar ciertos cálculos constructivos durante las obras que efectuó en las murallas de Barcelona durante el virreinato en Cataluña en 1539.

El virrey, efectivamente, tuvo que preocuparse durante todo el tiempo que duró su gobierno en levantar el trozo de muralla frente al mar que debía fortificar a la ciudad protegiéndola de los ataques de los berberiscos (**fig. 2**). La obra había sido comenzada por el anterior virrey don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, y el emperador ordenó taxativamente a Borja que la continuase hasta concluirla siguiendo los mismos designios. Sin embargo, las obras procedieron con gran lentitud, pues debían costearlas a medias los *consellers* de la ciudad y el cabildo catedralicio, que ponían toda clase de

8. NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja*, pp. 38-39 (capítulo XI). El cardenal Álvaro CIENFUEGOS, *La heroyca vida...*, p. 39 (libro III, párrafo 3), precisa algo más: «En seis meses [*Borja y Carlos V*] penetraron las máximas más sutiles de estas ciencias, bien instruidos [*por el insigne cosmógrafo Alonso de Santa Cruz*] en los elementos de Euclides, en las especulaciones de Theodosio y las de Apolonio, la Esfera, la Cosmographia, las Ephemerides y las tablas del rey Don Alonso». Sobre los estudios de matemáticas y cosmografía en la España del XVI, cf. José María LÓPEZ PIÑERO, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona: Labor, 1987, p. 178 y ss., y M. J. Vicente MAROTO; M. ESTEBAN PIÑERO, *Aspectos de la ciencia aplicada en la España del Siglo de Oro*, Valladolid: Juanta de Castilla y León, 1991, p. 397 y ss.; Juan de HERRERA, *Institución de la Academia Real Mathematica*, edición y estudios preliminares de José Simón Díaz y Luis Cervera Vera, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1995.

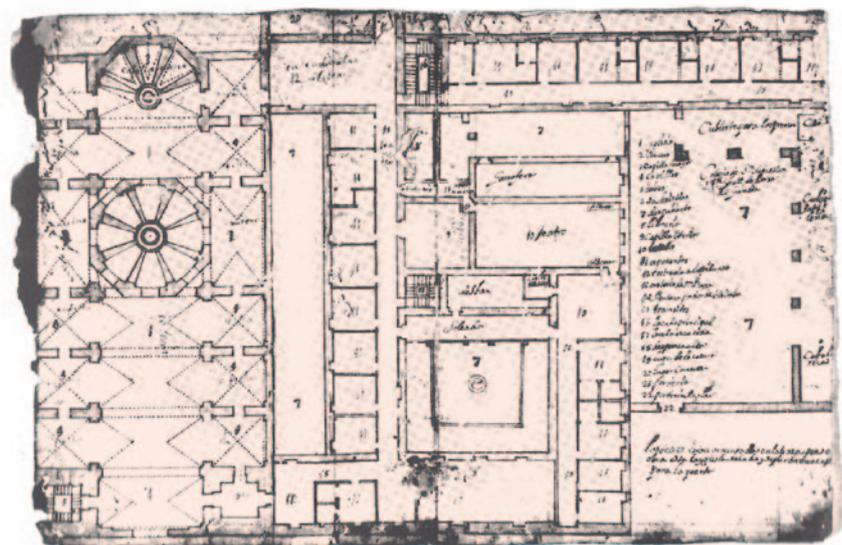
9. ALONSO DE SANTA CRUZ, *Crónica del Emperador Carlos V*, IV, ed. de Francisco de la Iglesia, Madrid, 1925, p. 24.

trabas para zafarse del asunto, pues suponía un fuerte gravamen económico, sobre todo el cabildo.¹⁰ Sobre todas estas peripecias se conserva una serie de cartas de Borja entrecruzadas entre 1540 y 1543 con el secretario de Hacienda de Carlos V, don Francisco de los Cobos, cuando no con el emperador mismo.¹¹ Por ellas se sabe que se dio principio al baluarte de levante, llamado del Vino o también de San Raimundo, el 1 de abril de 1540, continuándose el muro con sus torres, terraplenes y fosos hasta las atarazanas. En febrero de 1543 avisaba Borja que se habían fabricado hasta seis ingenios para subir la piedra hasta lo alto de la muralla, que servían igualmente para sacar la tierra de los fosos, y que se encontraban trabajando en la obra 500 hombres, esperando llegar hasta los 700. En 8 de febrero comunicaba el virrey a Carlos V las inmensas dificultades que había tenido que superar para obtener de la ciudad y del cabildo los miles de ducados necesarios para acabar la muralla. Se estaban empleando nuevos ingenios, servido cada uno por 30 personas, muchas de ellas ex condenados a galeras, pero naturalmente ni estos ingenios eran inventos de Borja, como ha creído ingenuamente alguno de sus modernos biógrafos,¹² ni los planos y dirección de la obra le correspondían a él, sino a los ingenieros de la corona. Lo que sí aprendió indudablemente Borja fue a administrar la obra y a disponer de todos los medios a su alcance para que progresase a la velocidad deseada por el emperador, pese a lo cual no llegó a concluirla durante su virreinato.¹³ Esta experiencia barcelonesa no es que le sirviera para convertirse en maestro de obras, pero sí, al menos, para entender algo de los entresijos de la construcción, experiencia que aprovecharía luego cuando, ya jesuita, tuvo que promover y comenzar la fundación de muchos colegios y edificios, como enseguida veremos.

San Francisco de Borja, siendo aún IV duque de Gandía, fue el primero que mandó levantar en la capital de su ducado un colegio dirigido por la Compañía de Jesús, inaugurando una experiencia pionera que, hasta cierto punto, sirvió para reorientar los ministerios de la Compañía de Jesús, dirigiéndolos principalmente a la enseñanza. La erección del colegio tuvo lugar en 1544, siendo anterior a la del colegio de Messina, que acaeció tres años después, en 1547, colegio que en la historiografía pasa, sin embargo, por ser el primero en haber sido fundado por la Compañía, a instancias del virrey de Sicilia, para recibir a alumnos seculares. Como reconoce John O'Malley, «el colegio de Gandía fue especial por dos motivos: primero porque había de convertirse pronto en universidad, impartándose en ella no únicamente gramática, retórica y artes –como era lo habitual–, sino el ciclo completo de la enseñanza; y en segundo lugar porque el santo duque deseó que, junto con los jesuitas, se educasen también otros estudiantes, entre ellos los hijos de los moriscos que eran numerosos en el ducado de Gandía».¹⁴ La idea de Borja agradó enormemente a san Ignacio, destinando como primeros profesores al P. Andrés de Oviedo, procedente de Portugal, y a otros cinco jesuitas jóvenes que llegaron de Roma en 1545. Como dije, Borja se las agenció con el emperador y con el papa Paulo III a fin de obtener, en 1547, para su pequeño colegio el título de universidad,

10. P. BLANCO TRÍAS, *El Virreinato de San Francisco de Borja en Cataluña*, Barcelona: Apostolado de la Prensa, 1921. Sobre las obras de defensa que practicó el virrey Borja en otras poblaciones catalanas costeras como Mataró, Tarragona y Tortosa, véase L. BATLLE Y PRATS; R. GARCÍA CÁRCEL, «Gerona y el Virrey don Francisco de Borja», *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses*, 23 (1976-1977), pp. 1-30.
11. MHSI *Borgia*, II, pp. 59-466. La primera carta escrita a Cobos es de 23 de marzo de 1540 y la última dirigida al emperador, de 8 de febrero de 1543.
12. Así escribe Juan PASTOR, *Borja, espíritu universal. Breve biografía de San Francisco de Borja*, Bilbao: Mensajero, 1970, p. 71: «El mismo [Borja] proyectó un dispositivo ingenioso por el que ocho hombres y una bestia subían cada hora al terraplén de la muralla 925 espuestas de tierra».
13. Estas murallas aparecen ya completas en el estupendo dibujo acuarelado que hizo de ellas Anton van den Wyngaerde en 1563; véase Richard KAGAN, *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton van den Wyngaerde*, Madrid: Ediciones El Viso, 2008, 2ª ed., p. 169.
14. John W. O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Bilbao: Ediciones Mensajero; Sal Terrae, 1993, p. 253.

Fig. 3: A. Forcada, planta del Colegio-Universidad de Gandía (hacia 1740).



de modo que gozase de los mismos privilegios que disfrutaban las pequeñas universidades españolas, como las de Orihuela, Baeza, Oñate o Toledo. La Universidad de Gandía abrió sus puertas el 1 de marzo de 1549, y el amplio abanico de disciplinas que se enseñaban en ella integraba la gramática, la retórica, la lógica, la dialéctica, las artes o filosofía y la teología, en total seis cátedras. El mismo Francisco de Borja, por consejo de san Ignacio, se puso a estudiar teología con el franciscano flamenco F. Titelman, que le enseñaba la *Summa* de Cayetano, y sobre todo con el célebre maestro mercedario Jerónimo Pérez (retratado, por cierto, por Francisco de Zurbarán), a quien hizo llamar del Estudio general de Valencia. Así alcanzó el grado de doctor, acabando de completar así su vasta, variada y compleja formación cuando contaba ya los treinta años de edad.

Las obras del nuevo edificio de la Universidad, comenzadas en mayo de 1546, se finalizaron muy rápidamente, en mayo de 1548, instalándose en el edificio 13 jesuitas y unos 25 alumnos internos.¹⁵ De iglesia hacía las veces la existente de San Sebastián, junto a la que se edificaron los domicilios de profesores y alumnos separados por un patio llamado de las escuelas. La distribución de cuerpos seguía embrionariamente la que luego conformaría el llamado «modo nostro» o manera de edificar y distribuir los colegios de la Compañía. Pero el edificio de la Universidad se edificó muy pobre y sobriamente y por no muy diestros oficiales, como reconocía una carta de años después.¹⁶ Pienso que la pobreza y endeblez del edificio de la Universidad se debió no a las prisas por terminarlo cuanto antes, sino al deseo de Borja de no derrochar ni mostrar suntuosidad ninguna en los edificios, nota que fue dominante en su posterior comportamiento sobre este asunto, determinada por el espíritu de austeridad franciscana heredado por varias generaciones de su familia, adicta siempre a esta orden mendicante. De este colegio se conserva una copia de la planta del conjunto de iglesia y colegio, tal como la pudo levantar hacia 1743 el arquitecto jesuita aragonés Antonio Forcada, antes de ser enviado a las misiones guaraníes de la provincia del Mar del Plata (fig. 3).¹⁷

Me he detenido un tanto en la fundación del colegio de San Sebastián de Gandía porque marcó para Borja una pauta de conducta durante su permanencia en España como jesuita y después, también, como tercer prepósito general de la Compañía de Jesús. Promovió la erección de numerosos

15. MHSI *Epist. mixt.*, II, pp. 67 y 28-29.

16. MHSI *Epist. mixt.*, V, p. 106.

17. Guillermo FURLONG, «Algunos planos de iglesias y colegios de la Compañía de Jesús en España», AHSI, XXVIII (1957), pp. 206-214, núm. 10.

colegios, cuyos fundadores eclesiásticos o seculares, nobles o plebeyos, los ofrecían continuamente a la Compañía por respeto y admiración a su persona, cuya conversión de duque de Gandía y marqués de Llombay, grande de España, privado del emperador Carlos V y caballero de la orden de Santiago al estado de humilde religioso de una orden de nuevo cuño, poco conocida y aun sospechosa, como era entonces la Compañía de Jesús, produjo en España y también en Italia una auténtica conmoción en la sociedad. Como había profetizado san Ignacio, «el mundo no tenía oídos para oír tal estampido». Por eso, un historiador moderno ha llegado a decir que fue Borja quien a partir de 1546, cuando no había más que cinco casas de la Compañía en España, se propuso multiplicarlas organizando una ofensiva en busca de apoyos entre la clase nobiliaria, especialmente en Andalucía, utilizando sus propios lazos de parentesco y amistad.¹⁸ Es cierto, por otra parte, que la apertura de colegios se había convertido entre los jesuitas en una auténtica obsesión. La *Formula instituti* aprobada por Paulo III en 1540, y revisada y reprobada por Julio III en 1549, no preveía la enseñanza como ministerio y actividad específica de la Compañía. Sin embargo, el éxito de los colegios abiertos en la década de 1545 a 1555 impulsó a admitir, como uno de sus ministerios apostólicos principales, la educación de los jóvenes tanto en letras humanas como en la atención espiritual. De hecho, la existencia de colegios y universidades fue incorporada plenamente en las *Constituciones* (parte IV), cuya redacción definitiva por san Ignacio terminó en 1552. En la prosecución de este programa, Ignacio relegó de hecho a un segundo plano las llamadas «casas profesas», una de sus ideas predilectas y principal salvaguardia del tipo de pobreza que deseaba para la Compañía, y puso en primer término la multiplicación de colegios, que podían sostenerse a base de las rentas establecidas por los fundadores. Como el P. Polanco escribió a Borja en 1555, justamente un año después de la muerte de san Ignacio de Loyola, «la intención de nuestro Padre es que los colegios se multipliquen y no las casas profesas» (fig. 4).¹⁹

Francisco de Borja fue así el más importante e influyente instigador en abrir colegios en España en las distintas provincias jesuíticas (Castilla, Bética y Aragón, Toledo y en la de Portugal) mientras desempeñó el cargo interino de comisario general para dichas provincias entre 1554 y 1561. En un lapso de tiempo relativamente corto, entre 1550 y 1663, se fundaron 27 colegios, lo mismo en ciudades importantes que en pueblos y villas medianos y aun en aldeas de muy corto número de habitantes, pues los colegios públicos regentados únicamente por algunos ayuntamientos importantes, adonde podía acudir toda clase de muchachos, eran muy escasos y de pago, y los nobles y las personas pudientes solían contratar un «dómine» que adoctrinase a sus hijos en las primeras letras.²⁰ La Compañía de Jesús nunca quiso admitir la enseñanza primaria de los niños (aprender a leer, escribir y cálculo), pero en cambio abrió colegios gratuitos en que, como mínimo, se establecieron cátedras de humanidades: gramática, retórica, lógica y artes, y algunas veces de moral o, como se decía entonces, de «casos de conciencia»; los establecimientos más completos disponían también de cátedras de teología escolástica y positiva, de Sagrada Escritura, así como de conocimiento de las lenguas hebrea y griega.

Sólo puedo enumerar aquí los colegios en cuya apertura Borja mantuvo las más de las veces interlocución directa con los fundadores, que solicitaban su presencia continuamente, otras veces

18. Julián J. LOZANO NAVARRO, *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Madrid: Cátedra, 2005, p. 41.

19. MHSI *Epist. mixt.*, IX, p. 83. Véase explicado más ampliamente este asunto del éxito de la enseñanza en los colegios por O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, pp. 249-295; también en Bernabé Bartolomé MARTÍNEZ, «Los Colegios de los Jesuitas y la educación de la juventud», en la obra por él coordinada *Historia de la Acción Educativa de la Iglesia en España*, I, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1995, pp. 644-683.

20. Luis GIL FERNÁNDEZ, *Panorama social del Humanismo español (1500-1800)*, Madrid: Editorial Alhambra, 1981, pp. 299-377; Richard KAGAN, *Universidad y sociedad en la España moderna*, Madrid: Tecnos, pp. 47-105.



Fig. 4: Fachada actual del Colegio-Universidad de Gandía (colegio de Escolapios).

otorgando el permiso para iniciar las negociaciones pertinentes que delegaba en otras personas. Fueron más o menos en orden cronológico los de Alcalá de Henares, Burgos, Medina del Campo, Salamanca, Murcia, Plasencia, Ávila, Valladolid, Calahorra, Simancas, Oropesa, Córdoba, Montilla, Sevilla, Madrid, Toro, Toledo, Segovia, Palencia, Belmonte, Logroño, Toledo, Tordesillas, Villarejo de Fuentes, Trigueros y Cádiz. A éstos habría que añadir los colegios abiertos en el reino de Portugal: Coimbra, Lisboa, Evora y Vilaviçosa. No se puede decir que muchos de estos establecimientos fueran en sus orígenes modelos de arquitectura, pues muchas veces la residencia de los profesores y las aulas, biblioteca y otros servicios necesarios se establecían en una serie dispar de casas aledañas que o proporcionaban los fundadores o se alquilaban a bajo precio. Como mucho, de lo que se ocupaba Borja era de la elección del sitio más conveniente y del esquema general de la distribución de las piezas fundamentales que solían

integrar los establecimientos de enseñanza, ayudado en muchos casos por su secretario el P. Bartolomé de Bustamante, que poseía amplios conocimientos de arquitectura. Fueron tantos los colegios por él gestionados que en 1559 recibió un severo aviso del prepósito general Diego Laínez de que procurase no admitir más fundaciones sin las debidas condiciones, pues muchas veces las había aceptado con escasa dotación económica o sujeta a onerosas condiciones y, sobre todo, porque no había podido colocar en tanto colegio profesores bien preparados científica y pedagógicamente.²¹

Elegido tercer prepósito general de la Compañía de Jesús en 1565, Borja llevó a cabo dos tareas importantes en relación a los colegios: la primera fue promulgar en 1569 la primera *Ratio studiorum* para los cursos inferiores, basada en esquemas preparados por expertos durante el generalato del P. Laínez; en cambio, las disposiciones que regulaban los estudios de filosofía y teología quedó terminada en 1571, pero no llegó a conocerse en España hasta después de su muerte.²² La otra labor interesante fue realizada, bajo su supervisión, por la segunda congregación general en la que fue elegido general de la Compañía, estableciendo una suerte de *Ratio edificiorum*. El 2 de julio de 1565, Borja nombró una comisión integrada por seis componentes, Benito Palmio, Everardo Mercuriano, Diego Mirón, Jerónimo Nadal y Nicolás de Torres, para que elaborasen un informe acerca de la construcción material de los colegios y otros edificios. Repitió lo que ya la primera congregación había establecido en tiempo de san Ignacio sobre los edificios: «que había que imponer a los edificios de las casas y colegios un “modo” o manera propio de la Compañía, a fin de que no se hiciesen como los palacios de los nobles, sino que fuesen útiles para habitar y ejercitar nuestros ministerios, salubres y fuertes, en los cuales se tuviese en cuenta la pobreza y austeridad, de modo que no fueran ni suntuosos ni curiosos». Sin embargo, sobre las iglesias no se promulgó nada, por parecer que este asunto requería una mayor consideración. Para conseguir estos fines se ordenó en un decreto de esta tercera congregación general «que era obligatorio el envío de la planta, forma y disposición de nuestros edificios para que aquel, conforme al decreto de la anterior Congregación, dispusiese los que le pareciese ante el Señor».²³ Después de promulgado este breve pero importante decreto, se sabe que el padre general nombró una nueva comisión, formada por los padres Cristóbal de Madrid y Bartolomé de Bustamante, «per risolvere quello che la Congregatione commesse al Generale dei disegni delli edifici della Compagnia». Desgraciadamente no se ha conservado más que esta escueta noticia y por ello no nos es dado conocer exactamente el objetivo exacto que se asignó a esta segunda minicomisión. Pero es de presumir que se le confió determinar concretamente las cualidades que debían reunir los planos de las iglesias y de los edificios para cumplir las condiciones del decreto de la primera congregación general, es decir, precisar la salubridad del emplazamiento, el grado de solidez que debía tener la construcción, el reparto y distribución de las diversas partes y componentes de la planta, la forma de la iglesia, a fin de que el conjunto del edificio resultara perfectamente acomodado a la manera propia de la Compañía. El P. Bustamante, muy estimado por Borja en esta materia, había llegado tarde a la congregación, pero se quedó en Roma, terminada aquella, hasta finales de febrero de 1556, por lo que tuvo tiempo de redactar el informe solicitado.²⁴ En todo caso, este episodio demuestra el interés de san Francisco de Borja por

21. MHSI *Lainii*, IV, p. 455.

22. Véase al respecto Eusebio GIL CORIA, *La Pedagogía de los Jesuitas ayer y hoy*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 2002.

23. Cf. Pietro PIRRI, *Giovanni Tristano e i primordi della architettura gesuitica*, Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, 1955, pp. 160-170; Jean VALLERY-RADOT, *Le Recueil de plans d'édifices de la Compagnie de Jésus conservé a la Bibliothèque Nationale de Paris*, Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, 1960, *passim*.

24. Alfonso RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, «El P. Bartolomé de Bustamante, iniciador de la arquitectura jesuítica en España», *AHSI*, XXXII (1963), pp. 75-77.



Fig. 5: G. Vasi, grabado definitivo del edificio del Colegio Romano (1747).

el asunto de la construcción de los edificios de la Compañía, interés que se reflejó, como veremos, en el caso de la edificación de la célebre iglesia del Gesù.

Borja no se interesó únicamente por las fundaciones de los colegios y edificios jesuíticos de España y Portugal, sino también por los que san Ignacio de Loyola había comenzado en Roma y por los que él mismo promovió en esta ciudad. Sabía el duque de Gandía que san Ignacio había establecido en la ciudad eterna un colegio para la formación de jesuitas de cualquier parte del mundo y que sus inicios se encontraban en graves apuros económicos (fig. 5). Pues bien, en el segundo codicilo de 28 de agosto de 1550, que había añadido a su testamento a fin de ir disponiendo las cosas para dejar el ducado e ingresar en la Compañía, dispuso que se enviasen «al colegio de los estudiantes de la Compañía de Jesús que próximamente entiendo hacer y edificar en Roma, 14.000 libras». ²⁵ Y en una carta que escribió a Ignacio el 3 de febrero de 1551, antes de su partida a Roma, concretaba las varias cantidades que había agenciado para el mismo propósito: 3.000 escudos en dinero contante, a los que añadiría otros 1.500 a mediados de abril del año siguiente. Además su hijo primogénito y heredero en el ducado, Carlos de Borja, estaría obligado a entregar otros 500 durante los seis primeros años. Otras cantidades se cobrarían de algunos de sus deudores: el propio emperador, del obispo de Esquilache, de Tomás Gilio, de Hipólito d'Este, de Francisco Mendoza y de Durante de' Duranti. Nuestro santo hubiera querido dejar la administración de este dinero al propio san Ignacio, pero éste no aceptó, nombrando el duque como procurador suyo en Roma para este efecto a Luis de Mendoza. ²⁶ Por eso podía comentar el P. Ribadeneira: «Entre las obras de piedad que hizo el duque en Roma fue muy señalada el haber dado principio al Colegio Romano [...]. Y puesto caso que no pudo fundar el colegio ni quiso aceptar el nombre de fundador, todavía bastó aquella limosna que dio entonces para dar principio al colegio y el cuidado que tomó después en acrecentarle y sustentarle todo el tiempo que vivió». ²⁷ Con ese dinero, a los dieciocho días del

25. MHSI *Borgia*, I, p. 560.

26. MHSI *Borgia*, III, pp. 69-70.

27. RIBADENEIRA, *Vida del P. Francisco de Borja*, p. 684. DALMASES especifica más concretamente las cantidades que Borja fue entregando desde 1551 a 1559, que alcanzaron a unos 30.000 escudos (*El Padre Francisco de Borja*, pp.

regreso de Borja desde Roma a España, el 22 de febrero de 1551, se pudo alquilar unas casas en la Via de Ara Coeli, a los pies del Capitolio, donde se abrió colegio de gramática, humanidades y doctrina cristiana gratuita. En 1553 se añadieron cursos de artes y teología, por lo que aquel año es justamente considerado el comienzo de la Universidad Gregoriana.²⁸ Consta que Borja continuó agenciando dinero más adelante para el Colegio Romano, al menos hasta que en 1560 Felipe II puso fin a esta afluencia de dinero, ordenando que no se sacase más numerario para costear fundaciones religiosas fuera de España.²⁹

Antes de abordar el importante papel que desempeñó san Francisco de Borja no sólo en la financiación del sitio, sino también en la forma y estructura arquitectónicas de la célebre iglesia del Gesù, quisiera referirme brevemente a un episodio menos conocido: la fundación del noviciado de San Andrés del Quirinal (**fig. 6**). Aquí el principal cometido de nuestro personaje no consistió tanto en su dotación económica, sino en el constante empeño que puso en crearlo, poniendo en juego las influencias de las que él solo era capaz gracias a su inmenso prestigio. Así persuadió al obispo de Tívoli, Andrea Croce, que cediese a la Compañía la iglesita de San Andrés y un sitio anexo a ella que tenía en un barrio tan céntrico y codiciado en Roma como era la colina del Quirinal, llamada entonces Montecavallo. En dicho solar se dio comienzo el edificio del noviciado en 1556, al que se comprometió costear y dotar con una renta perpetua una devota y bienhechora del P. Francisco, la duquesa de Tagliacozzo, doña Juana de Aragón, viuda de Ascanio Colonna y madre del célebre Marco Antonio Colonna.³⁰ Se inauguró el humilde edificio el 6 de junio de 1569, diseñado por Giovanni Tristano, que sería luego muy ampliado y modificado, sustituida la iglesia en el siglo XVII por Juan Lorenzo Bernini.³¹

La actuación de Borja en la construcción de la que podemos considerar «iglesia madre» de la Compañía, la iglesia del Gesù de Roma, es a todas luces importantísima (**fig. 7**). Es cierto que no partió de él la idea, sino del propio Ignacio de Loyola, de sustituir la pobre y pequeña iglesia medieval de Santa Maria della Strada, situada en la Piazza Altieri, aplicada a la Compañía en 1544 por Paulo III, por otra de mayor envergadura y mejor acomodada por su forma al desempeño de los ministerios apostólicos propios de los jesuitas. Pero también es cierto que sin la decidida actuación tanto económica de Borja y sin la orientación tipológica que impuso, en concordancia con el cardenal Alessandro Farnese, la iglesia del Gesù no se hubiera edificado y no tendría la forma que le es característica y que tanto influjo ejerció por todo el mundo en los templos de la Reforma católica.

El proceso de ideación y construcción del magnífico templo se alargó por muchos años, desde 1543 hasta 1568 y, en consecuencia, hubo cambios continuos de proyecto, debidos en buena parte a la definitiva delimitación y consecución del área topográfica que había de ocupar. Cuando Borja llegó a Roma en 1550-1551 para ingresar en la Compañía, ya comenzó a prestar interés por la nueva iglesia, de la que se había puesto la primera piedra y de la que se estaba construyendo uno de los pilares, al que tuvieron que dedicarse, por deseo de san Ignacio, buena parte de los caudales que el duque había destinado a la creación del Colegio Romano. Cuando Borja retornó a Roma y fue elegido prepósito general en 1565, todavía no había cuajado el proyecto definitivo de la nueva

86-87).

28. Para la historia del traslado definitivo a otro sitio y la edificación del colegio, cf. PIRRI, *Giovanni Tristano...*, y Richard BOESEL, *Jesuitenarchitektur in Italien (1540-1773)*, I, Viena: Oesterreichische Akademie der Wissenschaften, 1988, pp. 180-211; Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, *Storia del Collegio Romano*, Roma: Pontificia Università Gregoriana, 1954.

29. LOZANO NAVARRO, *La Compañía de Jesús*, p. 100.

30. MHSI *Borgia*, IV, p. 348.

31. Véase PIRRI, *Giovanni Tristano...*, pp. 95-98; BOESEL, *Jesuitenarchitektur...*, pp. 212-222.

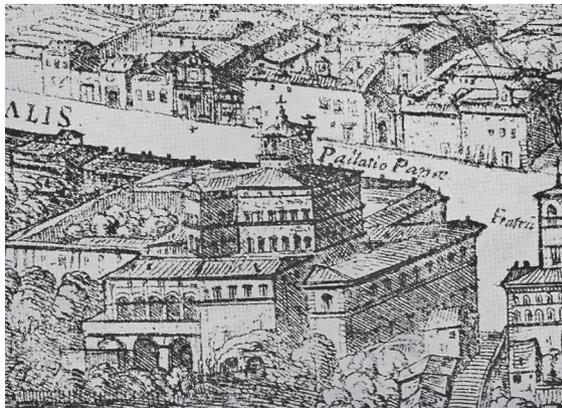
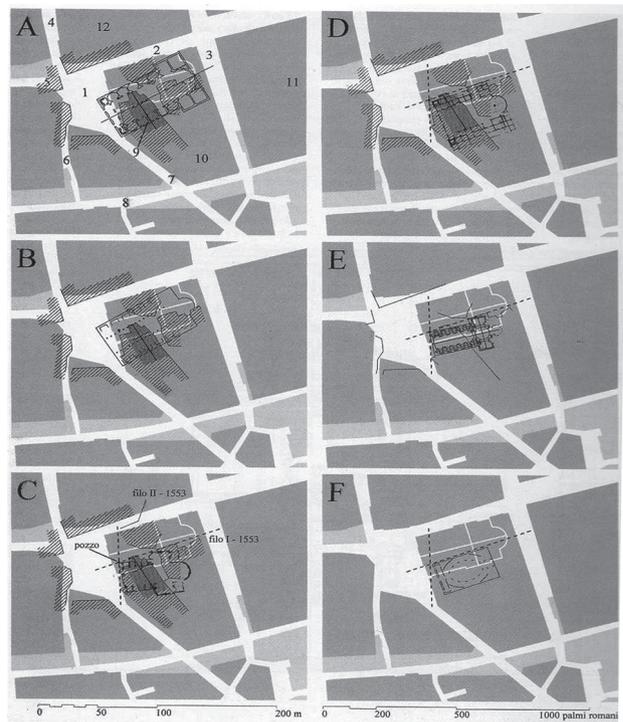


Fig. 6: A. Tempesta, detalle de la planta de Roma, mostrando el antiguo Noviciado del Quirinal (1593).

Fig. 7: Serie de ubicaciones y proyectos para la iglesia del Gesù de Roma. Dibujo de H. Schlimme.



iglesia, aunque se habían presentado varios. El problema radicaba en la adquisición del suelo necesario en un sitio en que, por encontrarse en el centro histórico de Roma y haberse revalorizado entonces urbanísticamente, no se llegaba a un acuerdo económico con los distintos propietarios, a veces altivas familias patricias como las de Lorenzo Astalli y Girolamo Altieri, con quienes tenían que negociarse espinosas expropiaciones que afectaban a parte de sus palacios patricios.³² Y en este momento es cuando Borja intervino decisivamente para entenderse con ellos y recolectar el dinero necesario para redondear el sitio en que definitivamente había de levantarse la iglesia, pues el adinerado y poderoso cardenal Alessandro Farnese, que se había comprometido con el propósito general a costear la construcción del templo, había excluido expresamente el pago del costo del sitio. Borja hubo que desembolsar para ello más de 10.000 ducados y para buscarlos tuvo que poner en juego toda su capacidad de influencia, pidiendo dinero a varios de sus antiguos conocidos en España e Italia. Escribiendo a su antiguo secretario y amigo Bartolomé de Bustamante en agosto de 1568 le decía: «Ya comenzamos a derribar casas y abrir cimientos para la yglesia de nuestra casa y será, llevándola el Señor adelante, de las mejores que habrá en Roma. Cuestanos el sitio más de 10.000 ducados y esto a nuestro cargo, pues el edificio de nuestra yglesia haze el Ilmo. Cardenal Farnesio y para ello juntamente con el cardenal de Augusta con gran solemnidad puso la primera piedra».³³

Borja comenzó a moverse rápidamente para obtener el dinero. Escribió personalmente una carta al virrey de Nápoles, Per Afán de Ribera, en la que le pedía limosna para adquirir el solar, cuyo precio elevaba en septiembre del mismo año a 12.000 ducados, «porque esta casa ni tiene renta ni puede tenerla ni aprovecharse de la que tienen los colegios».³⁴ A continuación envió al provincial de Andalucía, P. Diego de Avellaneda, cartas personales, solicitando dinero, para que las entregara

32. Pietro PIRRI, «La topografia del Gesù di Roma e le vertenze tra Muzio Muti e S. Ignazio secondo nuovi documenti», *AHSI*, X (1941), pp. 177-217; Pio PECCHIAI, *Il Gesù di Roma*, Roma, 1952, p. 20 y ss.; BOESEL, *Jesuitenarchitektur...*, pp. 121-179.

33. *MHSI Borgia*, IV, p. 638.

34. *Ibidem*, p. 644.

al duque de Medina Sidonia, Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, a la condesa de Niebla, doña Eleonora de Sotomayor, al duque de Arcos, don Luis Cristóbal Ponce de León, al duque de Béjar, don Francisco de Zúñiga, a la marquesa de Priego, doña Catalina Fernández de Córdoba, a doña Luisa de Mendoza en Úbeda, mujer de don Juan Vázquez de Molina, a don Francisco de Palma, a don Gonzalo Martín y a don Juan de Córdoba. Encarecía finalmente a su interlocutor epistolar que visitase personalmente de su parte a todos esos personajes.³⁵

No se limitó a esto, sino que se preocupó intensamente de que la nueva iglesia, que el cardenal Farnesio construía por su cuenta por medio de su arquitecto Jacopo Barozzi da Vignola, se acomodase enteramente en planta y estructura a las necesidades propias de la Compañía, no dejándole por entero las manos libres. Esas exigencias se habían ido concretando durante unos años antes en las iglesias y edificios que iba levantando la Compañía, y que se sintetizaban el término «nuestro modo» utilizado en la primera congregación general. En realidad, antes de que Vignola diseñase la planta y los alzados definitivos del Gesù a finales de 1568, se habían sucedido una serie de proyectos anteriores, cuatro por lo menos, realizados por Jacopo Meleguino, Nanni di Baccio Bigio, Salustio Peruzzi y Bartolomeo de Rocchi según una idea posiblemente de Miguel Ángel Buonarroti (el llamado proyecto U 1819 A en el Gabinete de Estampas de los Uffizi de Florencia), y finalmente por el hermano jesuita Giovanni Tristano, quien fue el consejero edilicio de la Compañía durante los generalatos de san Ignacio de Loyola, el P. Laínez y san Francisco de Borja (**fig. 8** y **fig. 9**).³⁶ De estos proyectos se habían ido eliminando los que tenían forma basilical con tres o más naves y sin crucero, pese a que esta forma estaba entonces de moda como repristinación de la basílica cristiana primitiva.³⁷ La Compañía en sus iglesias prefería una única y amplia nave congregacional donde, congregados los fieles, pudiesen contemplar nítidamente la capilla mayor, acceder a ella con comodidad para recibir los sacramentos y escuchar con claridad las palabras del predicador que hablaba desde el púlpito. Conducente a este último objetivo pensaban los jesuitas que, en lugar de las fastuosas bóvedas de cañón, herederas de la arquitectura romana, era preferible la cubrición de las iglesias con cubiertas planas de madera que amortiguaban las vibraciones, reverberaciones y ecos durante la predicación.³⁸ Por otra parte, esta forma de iglesia, que se acomodaba perfectamente no sólo a los requerimientos de los jesuitas sino al culto de la Reforma católica, se iba a poner en práctica por otras órdenes y congregaciones religiosas de Italia que edificaron sus iglesias simultáneamente al Gesù.³⁹ Esto sería suficiente para refutar la vieja teoría de Émile Mâle y Cornelius Gurlitt, según

35. *Ibidem*, p. 660.

36. Véase al respecto Klaus SCHWAGER; Hermann SCHLIMME, «La Chiesa del Gesù di Roma», en *Jacopo Barozzi da Vignola*, edición al cuidado de Richard J. Tuttle, Bruno Adorni, Christoph Luitpold Frommel y Christof Toenes, Milán: Electa, 2002, pp. 272-297, donde se sintetizan los últimos estudios. Desde el punto de vista documental son muy importantes los estudios precedentes de PECCHIAI, *Il Gesù di Roma*; María WALCHER CASOTTI, *Il Vignola*, Trieste: Universidad; Istituto de Storia dell'Arte, 1960, pp. 198-211.

37. Klaus SCHWAGER, «L'architecture religieuse à Rome de Pie IV à Clément VIII», en *L'Église dans l'architecture de la Renaissance*, París: Picard, 1995, pp. 223-244; Alfonso RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, «Reforma Católica y Arte Sacro de los Jesuitas», en *Ignacio de Loyola en la gran crisis del siglo XVI. Congreso Internacional de Historia*, actas publicadas por Quintín Aldea, Bilbao: Mensajero; Sal Terrae; Universidad Complutense de Madrid, 1991, pp. 287-293.

38. Esta idea era sostenida principalmente por Giovanni Tristano, quien criticó por la razón apuntada las bóvedas de la iglesia de los jesuitas de Milán, San Fedele. El problema era antiguo y lo había suscitado ya fray Francesco Giorgi con motivo de la construcción de la iglesia de los franciscanos en Venecia, San Francesco de la Vigna, por Jacopo Sansovino. Cf. WITTKOWER, *La arquitectura de la edad del Humanismo*, pp. 157-159; véase además Juna J. SENDRA; Jaime NAVARRO, *La evolución de las condiciones acústicas en las iglesias: del paleocristiano al tardobarroco*, Sevilla: Instituto Universitario de Ciencias de la Construcción, 1997, pp. 39-75.

39. James S. ACKERMAN, «The Gesù in the Light of Contemporary Church Design», en Rudolf WITTKOWER; Irma B. JAFFE, *Baroque Arte. The Jesuit Contribution*, Nueva York: Fordham University Press, 1972, pp. 15-28.

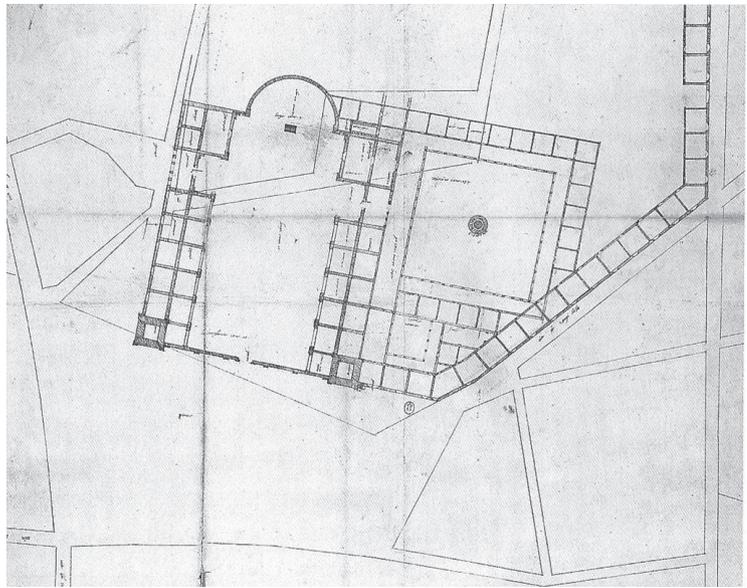
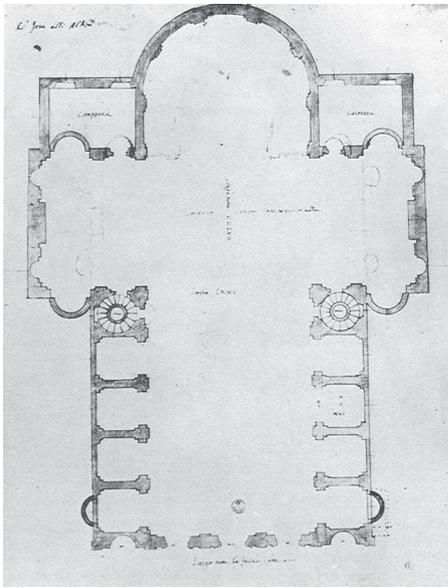


Fig. 8: B. Rocchi, proyecto para la iglesia del Gesù según una idea de Miguel Ángel (1553).

Fig. 9: G. Tristano, proyecto del Gesù y de la casa profesa de Roma (hacia 1554).

la cual la amplia y única nave del Gesù de Roma con capillas entre los contrafuertes derivaría en definitiva de las iglesias góticas del Mediodía francés, que encontraron un importante eco en templos de Cataluña y Valencia, templos que Borja conocía bien, de manera que fue éste quien decidió incorporar esa forma a la iglesia que construía el cardenal Farnesio.⁴⁰

Francisco de Borja, antes de que el cardenal Farnesio determinase la planta de la iglesia, envió a su secretario, el P. Juan de Polanco, y a su consejero edilicio, el hermano coadjutor Giovanni Tristano, para que se entrevistasen con él, a fines de agosto de 1568, en la villa de Caprarola. Se llegó al acuerdo entre las dos partes de respetar la forma de la iglesia que exigían perentoriamente los jesuitas como mejor acomodada a sus fines y necesidades ministeriales, pero al mismo tiempo renunciando a la cubierta plana y eligiendo la bóveda romana de cañón, una vez que se demostró que no perjudicaba para nada la acústica del templo, antes la mejoraba gracias a su majestuosa rotundidad.⁴¹ Por otro lado, el propio cardenal Farnesio transmitió por carta a Vignola el acuerdo a que se había llegado, añadiéndole otras precisiones (**fig. 10**): «Il disegno della chiesa sia tale que non excedendo de la somma de la detta somma, 25.000 ducati, venghi bien proportionata nelle misure di lunghezza et altezza, secondo le regole buone de la Architettura et sia la chiesa non di tre navate ma di una sola, con capelle di una banda e di l'altra [...] et che si abbia di coprire di volta e non altramente, se bene a questa furono certe difficoltà per conto delle prediche, parendoli che la voce resonarebbe poco intelligibile per causa del eco, che da quella forma responderia, como crediamos, piu che dal palco [*soffitto*]. Il che non mi pare verisimile con esempio di altre chiese etiam di molto maggiore capacità che se veggano atte a la voce del predicatore et al auditorio» (**fig. 11**).⁴²

No quiero concluir este trabajo sin aludir sumariamente, aunque sea como coda, a una

40. Émile MÂLE, «L'architecture gothique du Midi de la France», *Revue des Deux Mondes* (15 de febrero de 1926), artículo recogido en la obra del mismo autor *Art et Artistes du Moyen Âge*, París: Flammarion, 1968, pp. 87-121; Cornelius GURLITT, *Geschichte des Barockstiles in Italien*, Stuttgart, 1887, p. 26.

41. La noticia se conoce a través de varias referencias tanto del P. Polanco escribiéndola a Borja (MHSI *Polanci Compl.*, II, p. 685), como del P. Jerónimo Nadal (MHSI *Nadal*, III, p. 604).

42. Carta transcrita y publicada por PIRRI, *Giovanni Tristano...*, pp. 228-229, doc. XXV.

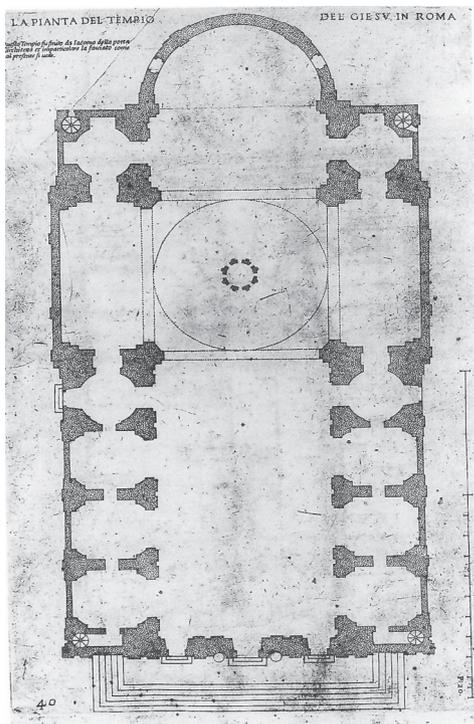


Fig. 10: M. Cartaro, dibujo de la planta del Gesù de Roma según Vignola (hacia 1573).



Fig. 11: A. Sacchi, pintura del interior del Gesù con motivo del primer centenario de la Compañía de Jesús en 1654.

contribución esencial de san Francisco de Borja: la de haber abierto la puerta a la instalación de domicilios y colegios de la Compañía de Jesús en la América hispana, y eso pese a que la tercera congregación general, que le eligió, le había recomendado vivamente la no creación, en lo posible, de nuevos colegios. Pero el anhelo de la enseñanza y de la predicación eran en Borja incontenibles cuando se abrían tan fructíferas perspectivas en los vastos territorios de América. Durante su generalato, desde 1561 a 1572, primeramente envió en 1566 una expedición de tres jesuitas a la Florida en la flota del adelantado Pedro Menéndez de Avilés, a la que siguió una segunda de cinco y otra tercera de ocho, esta última en 1571. Encontrándose en Madrid, acompañando al cardenal Alejandro por orden de san Pío V para negociar con Felipe II la coalición de Venecia, la santa sede y España contra los turcos, tomó la determinación de mandar quince jesuitas a la Nueva España, que llegaron a la capital, México, el 28 de septiembre de 1572, dos días después de su muerte en Roma. Así mismo envió al virreinato del Perú tres expediciones, la primera de ocho jesuitas en 1567, la segunda de doce, que acompañaron al virrey Francisco de Toledo y llegaron a puerto de El Callao en noviembre de 1569; la tercera arribó el 17 de abril de 1572, formando parte de ella el célebre P. José de Acosta, quien dio comienzo en el colegio de Lima a la enseñanza de la filosofía, añadiendo esta disciplina a las de gramática y humanidades comenzadas a enseñar ya en 1569. Como concluye con precisión su primer biógrafo, Pedro de Ribadeneira: «Estos fueron los primeros de la Compañía que entraron en el Perú enviados por el Padre Francisco y asentaron casas, y fundaron colegios y abrieron escuelas en las cuales se han enseñado y se enseñan hoy la ciencias y facultades que suele la Compañía con notable fruto de la juventud y de los españoles que residen en tan extenso reino y de los mismos indios que con la doctrina de los padres se convierten a la fe».⁴³

43. RIBADENEIRA, *Vida del P. Francisco de Borja*, p. 774.

